

Una animal en mí

ANDRÉS LÓPEZ VELARDE

Una animal en mí (2021), segundo poemario de Juliane Angeles, es un libro-objeto que reclama múltiples filiaciones poéticas. Desde el título es evidente la marca de género que presenta una voz femenina dispuesta a denunciar sin ambages la violencia física, psicológica o simbólica contra la mujer: “hay una mujer menos/ menos mujeres/ menos/ y, sin embargo, escribo” (13); “Porque la castrada siempre fui yo,/ nosotras,/ las inconformes,/ las de la culpa,/ las reprimidas” (29).

A diferencia de Blanca Varela, quien en su obra inicial se cuidó, esporádicamente, de no mostrar rasgos de género al mimetizarse con una voz masculina (*Ese puerto existe*, 1959), la hablante lírica de *Una animal en mí* se distancia de esa estrategia del subterfugio y apuesta por otra que opone una abierta resistencia a la dominación masculina sobre, por ejemplo, el cuerpo. Muestra de ello es el poema “Vivo de dar explicaciones”, donde la voz poética se expresa rebelde, empoderada y siempre disconforme en versos que revelan un trabajo de composición intertextual con la poesía de María Emilia Cornejo, a través de alusiones y citas: “...establecí mi cuerpo como quise./ Pero lo que manifiesto no es suficiente./ Mis senos como dos frutos no son suficientes./ Mis gemidos falsos en la cama no son suficientes./ (...) / Una mata de tu pelo entre mis piernas no es suficiente./ (...) Tus labios en posesión de mi sexo no son suficientes./ Saber con exactitud las dimensiones de tu falo no es suficiente” (29-30).

La lucha contra la violencia de género es solo una de las vías de acción discursiva que propone este libro. Existe también una crítica contra la violencia sistémica, contra aquella que está instalada, invisiblemente, en los sistemas económico-políticos y acarrea consecuencias desastrosas para las personas a través de su funcionamiento homogéneo (Žižek). El hartazgo que manifiesta la hablante poética al expresar su existencia rutinaria parece indicar las negativas repercusiones a las que la vida moderna la constriñe: “Heme aquí todos los días/ obligándome a ser/ por las mañanas,/ por las tardes,/ por las noches” (17). Una rutina que la lleva a



Una animal en mí

Juliane Angeles Hernández
Álbum del Universo Bakterial
 Lima, 2021
 55 pp.

contrastar su ocupación como redactora o periodista —limitada a hurgar en la vida ajena a través de la “Gran Puerta” de la web— con su labor de poeta, que la asume como destino inexorable: “Todos los días abro la puerta transparente/ ese espejo frío que se parece a la Gran Puerta/ y enciendo un monitor ajeno/ para ver el mundo repartido entre titulares./ Nada de lo que toco ahí es mío/ no hay vergeles, solo la vida de otros (...) / la Gran Puerta me da su espalda/ yo le doy mi espalda/ mis versos inútiles/ que, sin embargo, escribo” (13).

Los sutiles mecanismos de control y regulación de la vida; es decir, la biopolítica establecida por los aparatos de gobierno para gestionar la existencia de los individuos de una sociedad (Foucault) se halla implícita en el mundo representado de *Una animal en mí*. Frente a ella, la voz lírica contrapone estrategias de lucha que repelen la domesticación de las políticas educativas (“[siempre luchando contra lo que me enseñaron]”) (17). Frente a una

racionalidad hegemónica que se sustenta en el pensamiento y en la formulación de preguntas como única vía de conocimiento, se propone a la escritura poética como una actividad subversiva de liberación. En este sentido, la capacidad de hacer volar a los pájaros —imagen recogida y reelaborada a partir de la poesía de María Emilia Cornejo— parece funcionar, así, como metáfora de la facultad para expresar, libremente, los sueños y los sentimientos que forman, también, parte de la experiencia humana (ver poemas “Consecuencias del movimiento” y “Vivo únicamente a través del pensamiento”).

Herederero de la lógica cultural de la posmodernidad surgida en la segunda mitad del siglo pasado, el sujeto representado en este poemario se muestra escindido. La figuración del cuerpo fragmentado se apropia creativamente de la imagen de “la cabeza” —reconocible en la poesía de Varela (*Concierto Animal*, 1999)— y la presenta separada del resto del cuerpo, en una desarmonía que provoca un extrañamiento de sí en el sujeto, y lo confina a un estado anodino: “Cómo fui a parar en este cuerpo, un cuerpo que no responde a su cabeza, un cuerpo que prefiere estar tendido, un cuerpo del siglo XXI” (23). La escisión del sujeto cobra un cariz más dramático cuando se verifica una ausencia de sentido en la hablante lírica, sea por el desencuentro consigo misma o la falta de autoconfianza (“Despierto perdida (...) / Todavía desconfío de mí”) (35), el intento de autoanulación u ocultamiento de sí (“Me borro a mí misma. Yo soy la mancha”) (41), o el desvanecimiento de la memoria propia (“No puedo recordar./ Mi casa habla y tampoco lo recuerdo”) (45).

Discretamente organizado en dos partes (a través de una simple página en blanco), *Una animal en mí* culmina su propuesta con un arte poética que recoge el tópico del arte (la escritura de poesía) como enfermedad (la tos); lo que la vincula con la crisis o crítica de la palabra poética como rasgo de la gran tradición de la poesía moderna occidental: “toso mi voz. (...) / toso una vez más/ y escribo este poema” (54). El rigor, la sensibilidad y la delicada articulación de tan variados temas, sabrán ser apreciados por los lectores.